

## ESTOY A LA PUERTA LLAMANDO Ap 3, 20

### UN MUNDO ANCHO Y AJENO. La “extrañidad”

Pongamos los ojos en el extraño, ese hombre que no casa bien en alguna sociedad y que provoca un encarnizamiento violento contra él. Suele ser invisible y molesto, al que no se le quiere mirar, o el que desagrada tanto que no queremos verlo. Se sale del marco de nuestras costumbres, de nuestros relatos, de nuestros pensamientos, de nuestros tranquilizadores pactos, y trae novedades que nos rompen las seguridades, las certezas antiguas, las comodidades más asumidas. Pero, al extraño se le impone la ausencia, no se le hace sitio, se le echa fuera. Es, sin embargo, aquél con el cual entablo la batalla de la alteridad, que me bendice y me quiebra a la vez, me hiere pero me hace ser. Es el extraño que mi existencia reclama, porque, si no fuera así, la vida se cerraría en los iguales, los similares, en los idénticos, espejos de mi propio yo. Sin sangre, sin lucha.

Nuestro mundo es “ancho y ajeno”, hay en él muchas distancias, hostiles y lacerantes y es, tantas veces, un mundo ajeno, extraño, amenazador. ¡Cuánta violencia y agresividad hay detrás de toda distancia! ¡Cuánta distancia, amurallada, defendida, armada, hay en toda enemistad! ¡Qué extraños nos hacemos los unos a los otros! Esa extrañidad nos ha adiestrado para la guerra (Is 2, 4) y nos ha distanciado dolorosamente.

### LA “EXTRAÑIDAD” Y “EXTRANJERIDAD” DEL HIJO DE DIOS

Esta “extrañidad” ha sido asumida por Jesús el Señor, el que se inclinó hacia nosotros, aunque nunca llegamos a comprender de dónde venía y adónde se dirigía, el que nos arrastraba y provocaba con sus Palabras y sus gestos, el que se acercó al pobre, al huérfano, a la viuda, al pecador, al enemigo, a los que todos dejaban fuera, a los extraños; el que nos reveló cómo era el Padre: un Dios siempre sorprendente, que prefirió al más extraño a Sí mismo: ¡el hombre!, ¡que eligió a un Pueblo extranjero siempre, peregrino, en busca de tierra!, ¡que se apostó a la puerta del hombre para ser acogido como un extranjero en tierra extranjera!... Como lo fue siempre Jesús, el judío errante, marginal, que no fue entendido ni recibido por los suyos, hasta morir fuera de los muros de la ciudad. Como un criminal, como un EXTRANJERO, como un EXTRAÑO a todos.

### ICONO DE LA ACOGIDA: LA MATERNIDAD MARIAL

Porque eligió la suerte del extraño y del extranjero, del que no tiene Patria, por eso fue Huésped en esta tierra inhóspita. “He aquí que estoy a la puerta llamando” (Ap 3, 20). Necesitó ser hospedado, acogido, como uno de nosotros porque todos somos seres hospedados, siempre huéspedes, acogidos en el seno de una madre, anidados, porque ésa era la posibilidad de ser y de vivir, y sin ese nido, seno, útero, matriz, hubiéramos muerto en el desierto arenoso de la existencia; y, sin el sí de una madre con voluntad de serlo, de acoger una vida dentro, de hospedar a una criatura humana, a su cachorro débil y siempre necesitado, hubiera fracasado rotundamente la pequeña célula en ella fecundada.

Si realmente la muerte no tiene la última palabra (tampoco la penúltima) es porque la primera y la última palabra es la vida, el NACIMIENTO. Dios ha asumido la existencia humana hospedándose en ella, ¡NACIENDO! dejándose acoger, recibiendo todo de una Mujer. María es la Casa primera del Dios Huésped. Y, naciendo de Ella, ha querido hablarnos de qué es el hombre: el ser viviente, nacido

de mujer, la madre inclinada hacia nosotros que se hizo cuenco de acogida para que la vida, la nuestra, fuera posible, que abrazó y acogió nuestra extrema vulnerabilidad, la absoluta debilidad que nos marca. Lo humano fue posible porque hubo una madre, una matriz, un albergue de carne y sangre, un cuerpo femenino, un pesebre de cálida textura.

Y, porque lo humano se inicia con un hospedaje en el seno de una madre, el Hijo de Dios fue Hijo de una Madre que le concibió, le portó grávida en el seno, le dio a luz, le amamantó, le abrazó, le cuidó... le hospedó.

El que vino de un país lejano para visitar a los que habitábamos en un país lejano y extraño, o lo éramos allí donde estuviésemos, trazó la ruta de la hospitalidad humana que podía transformar toda hostilidad en acogida (Is 41, 12).

Bastaba volver la mirada al Nacimiento, al comienzo de la vida. El icono de la Madre con el Hijo, la señal prometida por Dios (Is 7, 14) y recibida por los que la buscaban (Mt 2, 9-11), será el aviso de cómo vivir en este mundo los unos con los otros, de cómo transformar este mundo violento y hostil... Mirando a la Madre y al Hijo comprendemos que el más grande ha de acoger al más pequeño, el fuerte al más débil, el que se vale por sí mismo al que no se vale, el que tiene al que no tiene, el que está arriba se inclina sobre el que está más abajo. El que tiene casa que la abra y acoja al que no la tiene (Mt 25, 31-46).

Madre e Hijo serán así el lugar teológico en el que poder comprender el amor de Dios sobre el hombre, un amor que se da, se ofrece, se presenta como acogida, para bien del otro, fuera de todo interés propio, en el que el mayor se vierte hacia el menor, que se inclina y así florece.

Contemplemos el Nacimiento, a Jesús en brazos de María. Tengamos, como María, la Madre, la Casa Encendida, la Puerta Abierta, la Mesa Puesta, para acoger a Aquel Dios extraño y extranjero que está fuera llamando. "He aquí que estoy fuera llamando" (Ap 3, 20). Su SÍ hospedó a Dios, el Huésped en su propia casa.

Hoy, más que nunca, en nuestro mundo, es preciso encender la luz de nuestras casas, abrir las puertas, encender un fuego, poner una mesa y esperar a que Él venga, o venga otro en su nombre.

Hoy hay que hacer de la acogida del otro, del extranjero, el pobre, la viuda, el pecador, el enemigo... el camino para transformar toda hostilidad en hospitalidad, toda enemistad en fraternidad, toda distancia en "proximidad".

No podemos dejar que el extraño no tenga sitio ni en nuestro corazón, ni en nuestra sociedad ni en nuestras comunidades o familias, parroquias o pueblos, o no encuentre una tierra para su escasez que mane leche y miel y muera en un mar sin tocar la orilla, o encuentre todas las puertas cerradas, o se le eche de nuestros recintos de seguridad... Podríamos comenzar por lo más cercano, porque, más allá, nos espera un mundo para que le abramos la puerta.

Porque si no comenzamos por acoger y acogernos en nuestra extrañeza y "extranjereidad", ¿cómo podremos un día vivir en Comunión? Y este es el destino: HACIA LA COMUNIÓN CON EL OTRO. Un día, Él, Jesús el Señor, el que ahora está llamando para que le abramos, a punto de nacer de María la Madre, un día nos sentará a su derecha, en una Mesa en la que habrá un Pan partido, inmenso, para todos, y en la que tendremos enfrente a nuestros enemigos, a los extraños amados por él, a los que no nos hemos acercado jamás ni hemos abierto las puertas, a los que servimos de mala gana, y se inclinará sobre nosotros, nos lavará los pies y entonces se nos abrirán los ojos y comprenderemos por donde hay que empezar para llegar a ser uno en Él y con Él, y Él uno con nosotros.

Él está fuera, llamando a la puerta. Abriremos y ¡nacerá!  
Feliz Navidad de la Acogida.

M. Prado  
Federación de la Conversión de san Agustín, OSA.